madera de ángel. Tenía amigos que le costearían unas clases de canto, sólo para modular un poco la voz y por currículum, porque en realidad, *haney*, tú no necesitas más que ganas, ganas de volar, lo demás corre por mi cuenta.

—Llámame, no te arrepentirás —dijo extendiéndole una tarjeta a Verónica.

Sentí que en aquella tarjeta en vez de los números de un teléfono se ocultaban el pasword para acceder a los secretos del diablo y como que la arrastró con la mirada. A partir de entonces Verónica fue para Dolly la otra parte del imán y yo me derretía no por exceso de luz, sino de abandono.

Pasé a ser una sombra sin voz al lado de las dos mujeres. Tan pronto llegaba Dolly yo desaparecía del mapa; era borrado de la faz de la tierra por las sonrisas y los guiños de las mujeres, por más que me esmerara por sacarle lágrimas a la guitarra. No había ojos para mí; los pobres diablos como yo estábamos condenados a la invisibilidad, la tierra podía seguir existiendo sin nuestra música. El mundo era solamente Dolly y Verónica. El futuro a sus pies. El triunfo. El estrellato. Aplausos. Dinero.

Tal vez por eso no me extrañó que un día Verónica se esfumara y el Dueto Imposible quedara reducido a uno. Ni siquiera hice intentos por buscarla. Era evidente que tarde o temprano Dolly o el destino terminarían por partirnos en dos. Me había equivocado: Dolly no era nada de lo que yo pensaba al principio, era un cuchillo, lo suficientemente afilado como para cortarnos en pedacitos. O cortarme a mí y echarle mis restos de alimento a los perros.

Seguí con mi guitarra, no pensaba volver a los dolores de estómago a causa del hambre ni a dormir bajo los puentes ni a mendigar por las calles. Las guitarras se acostumbran pronto a la ausencia de voz, y mientras pensaba cómo darle un susto a la suerte, los cabellos y los ojos de Verónica se archivaban en mi memoria.

—Échate una rola en mi próximo disco, compa —me dijo Celso Piña un día que nos encontramos en una calle empinada del Cerro de la Campana.

—A ver qué —le contesté, pensando en que mientras más pasaban los años más mustio me volvía.

Subí arrastrando los pies. El Rebelde del Acordeón me vio perderme en el mismísimo culo de la ciudad.

Un día vi que la anunciaban en la televisión, por primera vez en la ciudad y por un único día. La voz de terciopelo, directamente desde uno de los teatros más chingones de Nueva York. El conductor del programa pronunció un nombre extraño, en seguida se escuchó la voz de la cantante. Después el cielo de la pantalla se cubrió de comerciales.

—Dígale que la busca Efraín, Efraín Herrera, el guitarrero, nada más así —pedí a los que vigilaban la entrada del teatro.

Por toda respuesta recibí una patada en los guevos y una andanada de puñetazos en el rostro que me estamparon en el piso. H–a–ce a–ño–s e–lla y y–o. Pac, pac. Patada en la panza. Due–to Im–po... Sangre corriéndome como el río de Heráclito por la nariz. Bo–le–ros. Todo el hocico sangrando. S-u mejor a-mi-go. Golpe seco. Hambres. Chinga a tu madre, pinche loco.